

## VENGAN A LA BODA (Mt 22,1-14)

**<sup>1</sup> Jesús tomando de nuevo la palabra habló en parábolas a los jefes de los sacerdotes y a los ancianos del pueblo, diciendo: <sup>2</sup> «El Reino de los Cielos es semejante a un rey que celebró el banquete de bodas de su hijo. <sup>3</sup> Envío sus siervos a llamar a los invitados a la boda, pero no quisieron venir. <sup>4</sup> Envío todavía otros siervos, con este encargo: Digan a los invitados: “Miren, mi banquete está preparado, se han matado ya mis novillos y animales cebados, y todo está a punto; vengan a la boda”. <sup>5</sup> Pero ellos, sin hacer caso, se fueron el uno a su campo, el otro a su negocio; <sup>6</sup> y los demás agarraron a los siervos, los escarnecieron y los mataron. <sup>7</sup> Se enojó el rey y, enviando sus tropas, dio muerte a aquellos homicidas y prendió fuego a su ciudad. <sup>8</sup> Entonces dice a sus siervos: “La boda está preparada, pero los invitados no eran dignos. <sup>9</sup> Vayan, pues, a los cruces de los caminos y, a cuantos encuentren, invítenlos a la boda”. <sup>10</sup> Los siervos salieron a los caminos, reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos, y la sala de bodas se llenó de comensales. <sup>11</sup> Cuando entró el rey a ver a los comensales vio allí uno que no tenía traje de boda; <sup>12</sup> le dice: “Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin traje de boda?” Él se quedó callado. <sup>13</sup> Entonces el rey dijo a los sirvientes: “Átenle de pies y manos, y échense a las tinieblas de fuera; allí será el llanto y el rechinar de dientes”. <sup>14</sup> Porque muchos son llamados, pocos escogidos»**

Otra parábola que nos deja perplejos. Es la última de la serie de parábolas que estuvimos escuchando-rezando-reflexionando estos domingos. Otra parábola, entonces, sobre el significado del «Reino de los cielos» (2a); es decir, otra parábola sobre el significado del Reino de Dios, sobre la comunidad, sobre la historia del pueblo de Israel, sobre el cristianismo, sobre el fin de los tiempos y sobre la salvación; es decir, otra parábola sobre el significado del compromiso y la libertad humana, sobre el significado de la bondad y la cólera divina y sobre el significado de la dignidad humana y la misericordia divina. Así es el mundo de las parábolas. Están llenas de detalles, de mensajes y de alegorías. Basta mirar atentamente cada una de ellas. Basta detenerse, contemplar y desvelar el misterio. Aunque no es tan simple. Así es el mundo de las parábolas bíblicas. En esta parábola, por ejemplo, hay un Rey, un hijo, unas bodas (debe haber una novia), un banquete, siervos e invitados; invitados que no quieren participar del banquete gratuito de la boda y prefieren más bien trabajar, hacer negocios o simplemente no quieren ser importunados. Hay, además, una ciudad que arde en llamas, unas tropas obedientes al Rey, y un Rey que parece esquizofrénico: porque por un lado es muy amable y generoso y por otro es quisquilloso e intolerante con aquel mal vestido. Hay invitados inesperados y hay un invitado sin traje de bodas (otro detalle cuya alegoría no es simple de descifrar). Hay una sala llena de invitados nuevos, comensales «buenos y malos», para sorpresa del lector (10). Hay también fiesta y algarabía dentro y tinieblas y lloriqueos afuera. ¿Qué significa cada uno de estos detalles? Hay lectores sorprendidos y hay lectores perplejos. ¡Qué parábola! ¿Y qué nos querrá decir el Nazareno? Fijémonos en algunos detalles, pues el papel no aguanta todo. Fijémonos, por último, en algunos

contrastes entre los invitados (o sea, entre nosotros): los primeros ya habían sido invitados y los siervos solo tenían que recordarles, los segundos recibieron, en cambio, la invitación de modo imprevisto, inesperadamente; los primeros son hombres atareados y abrumados, consumidos por sus negocios y que se desahogan por medio de la violencia, los segundos, en cambio, andan deambulando en los cruces de los caminos, esperando que alguien los solicite; los primeros fueron dos veces invitados y, sin embargo, no tiene tiempo para el banquete, los segundos en cambio aceptan la invitación inmediatamente sin peros ni preguntas; los primeros, al terminar la historia, serán excluidos completamente del banquete de bodas y los segundos, excepto uno, serán bien acogidos dentro del banquete nupcial; y, al final, a los primeros se les equiparará con los «llamados» y a los segundos con «los escogidos» (14). Y tú, ¿en cuál de los dos grupos estás el día de las bodas del Hijo? (Ap 21).

### **Historia de Israel**

Otro detalle de las parábolas es su carga histórica. Quién no ama la historia no puede ser un biblista. Mejor, quien no ama la historia no amará la religión. O mucho mejor, quien no ama la historia no será un buen cristiano. Porque cristianismo no es sino sinónimo de historia, historia de la salvación, y la Iglesia no es sino el nuevo pueblo de Israel en la historia. Eso es lo que nos (de)muestra, en primer lugar, esta parábola, como la parábola del domingo anterior (Mt 21,33-43).

La Iglesia, el nuevo pueblo de Israel, espera las «bodas del cordero», lo revela el libro del Apocalipsis (21). Al final de los tiempos, los cristianos no esperamos destrucciones ni terremotos, tampoco desastres ni desesperación por doquier, sino más bien, esperamos la consumación de las bodas del Hijo de Dios. ¡Increíble! ¡Esperanzador! El Señor así lo ha revelado al pueblo de Israel (como lo vemos en la Biblia). Ha revelado esta verdad cierta y bíblica a los hijos de Israel, sin embargo, ellos no quisieron (o no quieren) aceptar. Ellos prefirieron (prefieren) paradójicamente estar en sus trabajos y en sus negocios (5), prefirieron no escuchar esta verdad y, para evitarla, reaccionaron violentamente. Así es como sucedió con las autoridades de este pueblo (como contaba la parábola del domingo anterior). Y repite esta parábola. Estos agarraron a los siervos del Rey (sus profetas y sus enviados), los maltrataron e incluso los mataron (6). Estos, que fueron los primeros invitados al banquete de las bodas del Hijo del Rey (3). Es difícil entender semejante actitud, como lo muestra la parábola. Es difícil de entender desde nuestra perspectiva de gentiles como somos. Aunque sí podemos entender al Rey (el Señor) que, indignado ante semejante actitud, desapareció a aquellos homicidas e incendió aquella ciudad (7). Se trata de la ciudad de Jerusalén. Ciudad sobre la cual lloró Jesús (Lc 19,41), porque los jerosolimitanos no quisieron aceptar la invitación del Señor. Ciudad que fue destruida el año 70, tal como lo había profetizado el Señor (7).

Y aquí viene la historia (o la profecía) sobre el «nuevo pueblo de Israel», que creció junto con el resto fiel de Israel. Los cristianos, como dice san Pablo, no tenemos entonces por qué vanagloriarnos (Rm 11,20). Fuimos recogidos en los cruces del camino, andábamos (los gentiles o los paganos, según el lenguaje judío) errando por el mundo, divagando aquí y allá y buscando a tientas la verdad de Dios. Fuimos, sin embargo, misericordiosamente «escogidos» para entrar en el banquete del Señor, a pesar de no conocer completamente la figura del Rey, la promesa del Hijo (del Mesías) y el motivo del banquete. Fuimos no solo llamados sino escogidos para ser comensales, para participar «del banquete de las bodas del Hijo» (2). ¡Maravíllate, cristiano! Pero no te engrías,

como dice san Pablo: «¡No te engrías; más bien, teme! Que, si Dios no perdonó a las ramas naturales, no sea que tampoco a ti te perdone. Así pues, considera la bondad y la severidad de Dios: severidad con los que cayeron, bondad contigo, si es que te mantienes en la bondad; que si no, también tú serás desgajado» (Rm 11,20-22).

### **Requisito**

Hay un único requisito para participar de este banquete. Tener «traje de bodas» (12b). Este requisito es mucho más importante, paradójicamente, que el otro criterio *superarchimencionado* dominicalmente desde nuestros pulpitos: «Los siervos salieron a los caminos, reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos, y la sala de bodas se llenó de comensales» (10). Curioso. Me sorprende sobremanera. Pues en aquel banquete entraron «buenos y malos», dice el Maestro con tono misericordioso. Así es. Pero -¡siempre hay un pero!!!- de todos ellos fue expulsado no aquel «malo» que entró junto con los otros «buenos», sino fue expulsado el que no tenía «traje de bodas» (12a). Pues para entrar en el banquete del Hijo necesitas, *conditio sine qua non*, traje de bodas. ¿Qué significa? San Pablo, ¡ven en ayuda nuestra! Los primeros cristianos entendían que el bautismo significaba revestirse de Cristo (Ef 4,22-24; Col 3,9-10). Entonces, entran en el banquete los que están vestidos de Cristo. Entran los que viven según la lógica del Hijo. No entran los que no están revestidos de Cristo ni viven según su lógica, como aquellos hombres que prefirieron (prefieren) sus campos, sus trabajos y sus negocios en lugar de participar de la boda del Hijo (2b). Y tú, ¿en qué grupo estás? ¿Te emociona el banquete de las bodas del Cordero o prefieres tu tiempo y tus negocios?